

SOBRE EL ESPÍRITU DE LA PALABRA

En la Biblia está escrito: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y Dios era el Verbo. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por este fueron hechas; y sin él nada de lo que es echo, fue hecho." (Jn. 1:1-3). Eso se refiere a la acción del espíritu de la palabra. Empezaré explicando el significado fundamental de esta expresión.

La palabra, naturalmente, se constituye y se emite por la acción de la voz, de la lengua, de los labios y del maxilar inferior; pero el origen de ella, no hay duda, es el pensamiento, que se manifiesta en forma de palabras. El pensamiento es la manifestación de la voluntad, supongamos que en el hombre surja algún deseo. Para expresarlo con palabras, el pensamiento entra en acción. Obviamente, en la acción del pensamiento ocurre el discernimiento de lo correcto y de lo incorrecto, del bien y del mal, del éxito o fracaso, etc. El conjunto de esto es la inteligencia, y su manifestación es el espíritu de la palabra; la materialización del espíritu de la palabra es la acción.

Siguiendo este principio, no estaremos equivocados si decimos que existen tres niveles: el pensamiento, la palabra y la acción. Así, el pensamiento está ligado al Reino Espiritual; la palabra, al Reino de las palabras; y la acción al Reino Material. Esto es, el espíritu de la palabra queda entre lo oculto y lo manifiesto. Se puede decir que es la interconexión entre el pensamiento y la acción. De esta manera, podrán comprender la importancia de su función.

Por lo tanto, el espíritu de la palabra es como el que maneja una marioneta: la manifestación del alma o del espíritu queda a su merced. Irritar a las personas o hacerlas reír, preocuparlas o tranquilizarlas, entristecerlas o alegrarlas, provocar conflictos o paz, obtener éxitos o fracasos, todo depende del espíritu de la palabra. Usarlo de forma irresponsable es muy peligroso. Sin embargo, saber manejar con habilidad la palabra no deja de ser una simple técnica, como la de un humorista, comediante o comentarista. Si la base del espíritu de la palabra no tuviera fuerza para la expresión de un gran poder, no podrá adquirir sentido. Por eso, para dominar el espíritu de las palabras, deben contener fuerza para que mueva a la gente.

Pero, por tratarse de fuerza, existe la benigna y la maligna. O sea, el espíritu de las palabras malignas se constituye en pecado, y el de las benignas, en virtud. Así, el hombre debe esforzarse para usar el espíritu de las buenas palabras. En este sentido lo fundamental es el *makoto*, amor, que tiene origen en Dios.

Por lo tanto, no hay otro recurso que el de reconocer la existencia del Creador. Si un ser humano no tiene fe, no logrará manifestar el verdadero amor, y por eso no expresará la fuerza benigna en el espíritu de la palabra.